



SILVIA
ABASCAL

TODO
UN
VIAJE

Todo un viaje, de Silvia Abascal, es un libro de autoayuda en el que la autora nos cuenta su difícil experiencia y cómo se enfrentó a ella de una forma muy sincera y emotiva e incluso, a veces, con sentido del humor e ironía. Silvia Abascal es una actriz muy conocida y prestigiosa que cuenta con una larga carrera en la que ha conseguido numerosos premios. La noticia de su ictus tuvo una gran repercusión mediática, por su juventud y porque Silvia es una actriz muy querida por sus compañeros y el público. *Todo un viaje* puede servir de ayuda a otras personas en estado parecido. Incluye numerosas fotografías a color y, muchas de ellas, inéditas. Una obra que muestra una gran historia de superación personal, similar a *Saber que se puede: veinte años después*, de Irene Villa.

«Si a una sola persona el relato de este proceso pudiera provocarle fuerza, ganas o empuje, merecerá la pena compartir este tramo de mi camino por cada uno de sus rincones.» Silvia Abascal

Todos los viajes tienen un punto de partida y una meta. Para Silvia Abascal, ese viaje comenzó la tarde del 2 de abril de 2011, durante la gala de clausura del Festival de Cine de Málaga, cuando sintió un fuerte latigazo desde los oídos hasta el centro de la cabeza. Aún no lo sabía, pero estaba sufriendo un derrame cerebral. A partir de ese momento se abrió ante ella un camino totalmente distinto al que había seguido hasta entonces: tras la operación, tendría que aprender a moverse en un mundo en gran parte nuevo, reajustando la meta a cada paso. En *Todo un viaje*, Silvia Abascal, una actriz acostumbrada a desenvolverse sobre los escenarios y ante las cámaras, alza la voz para contar en primera persona cómo afrontó su operación, cómo continúa día tras día reeducando sus sentidos, o cómo encara una nueva y más profunda empatía emocional. Un relato carga-

do de fuerza sobre el modo en que, desde aquel día de 2011 y junto con los suyos, ha logrado abrazar los cambios con coraje, determinación, confianza y un inmenso optimismo.

1

BILLETE DE IDA

ÚLTIMO día del Festival de Cine de Málaga. Sábado 2 de abril de 2011. Gala de clausura y entrega de premios. Me encontraba formando parte del jurado de la decimocuarta edición del Festival. Los días anteriores los había pasado concentrada en el visionado y debate de las películas que competirían ese año por el Palmarés. A primera hora de la tarde, bajé a la sala de maquillaje y peluquería que cada año se habilita en el hotel donde nos encontramos alojados la mayoría de los invitados. Sala que conozco bien y que en los días claves del Festival —como lo son el de inauguración y el de clausura— permanece siempre como un hervidero urgente de entradas y salidas. Bajo una atmósfera de lacas y esmaltes, entre cepillos, peines y horquillas, brochas, pinceles y sombras, arde una caldera de abrazos inesperados y saludos a través de los espejos. A excepción de los labios, yo ya había terminado mi ITV particular. Contaba con una hora por delante antes de la llegada de los coches que nos llevarían al teatro Cervantes, donde se oficiaría la gala. Subí a mi habitación para vestirme con tranquilidad y mandar unos mensajes que tenía pendientes. Llamada de teléfono: «Silvia, se ha cambiado la hora de recogida del jurado, tenéis que salir ya. Baja en cuanto puedas».

A partir de aquí, música de Benny Hill acompañándome en cada uno de mis trayectos acelerados por el cuarto. Vuela. Vestido, pendientes y zapatos por aquí. Camiseta, vaquero y botas por allá. Cepillado de dientes con la mano

derecha, disparo de perfume con la mano izquierda, corre coge el bolso, dónde he puesto el móvil y recuerda la llave de la habitación. Puerta y ascensor.

Pasos apresurados de tacón hasta llegar de nuevo a la sala de maquillaje. Rápidos encuentros e intercambio de frases. «¡No sabía que venías!», «¿Cuándo has llegado?», «¿Nos vemos después de la gala?». Localicé al maquillador con el que había estado hace un momento. Stop. De pie frente a él, mientras terminaba de repasarme los labios, fue cuando de súbito sentí un tremendo latigazo desde los oídos hasta el mismo centro de la cabeza. Profundo. Violento. No fui capaz de expresar nada. Permanecí en el más absoluto de los mutismos, absorta en el profundo pinchazo que me estaba perforando los tímpanos. Cuando me preguntan por la sensación corporal que recuerdo de aquel instante, suelo contestar que sentí como si me inyectaran amoníaco por los oídos. Cosa bastante absurda, por cierto: como si yo supiera (de toda la vida) lo que se siente cuando a uno le inyectan amoníaco por los oídos, pero qué le vamos a hacer; es la expresión que me viene a la mente. Y punto.

En aquellos mismos segundos me encontré con mi compañero y amigo, con un ser empático superior: Miguel Ángel Silvestre. Habíamos quedado después de la gala para hablar de un posible proyecto laboral en común. Me mantenía de pie, disimulando como podía el creciente dolor que comenzaba a inundar mi cabeza. A las pocas frases de nuestra conversación, yo ya había desconectado por completo. Solo pensaba en una cosa: *¿Qué me está pasando? ¿Qué me ocurre? ¿Qué es esto que siento?* Tenía que despedirme y salir de allí cuanto antes, necesitaba urgentemente bajarme de los vertiginosos andamios que llevaba en los pies. Absorta en la burbuja gelatinosa de mis pensamientos y sensaciones corporales, atravesé cual sonámbula la sala de maquillaje que estaba a esas horas colmada de peluqueros, maquilladores, actores... y, justo al cruzar la

puerta de salida, me encontré con mi representante. Pero mucho antes que representante, amiga; gran amiga y ser humano. A quien llamaré en este libro M.

«M» de Mirada, de Mano, de Mar, de Mujer, de Maravillosa.

M. es uno de los ángeles que estuvieron a mi lado al comienzo de mi viaje. Ella estaba al fondo del pasillo hablando por teléfono. Al verme de lejos me gritó:

—¡Estás preciosa!

Yo, sin articular palabra, le dije que no con un gesto de manos.

—¿Cómo que no? —me decía ella—. ¡Estás preciosa!

Me acerqué a M.

—No me encuentro bien, me siento muy extraña, necesito sentarme...

M. colgó el teléfono de inmediato y yo me enganché a sus brazos para llegar poco a poco al suelo. Necesitaba sentarme, tumbarme, abandonarme en una posición fetal. Y allí mismo me planté, en plena salida de la sala de maquillaje, con tantos compañeros que entraban, salían, me miraban estupefactos y me preguntaban qué me ocurría. *¿Qué me sucede? ¿Qué me está pasando?* La gente del corrillo que me rodeaba me preguntaba si había desayunado, si había comido, si solía tener bajadas de tensión... No. Sabía que no era nada de eso.

Aunque en realidad no estaba siendo así, yo sentía que comenzaban a sangrarme los oídos. Experimentaba un agudo y persistente dolor en ellos. Mi movimiento reflejo era intentar tapármelos con las manos y fue en ese instante cuando me di cuenta de que no controlaba el movimiento de los brazos. No los dirigía hacia los oídos. Los acercaba a un lado y a otro de mi cabeza pero no conseguía dar con ellos. Notaba un ardiente hormigueo en las palmas de las manos. La perspectiva de los límites de mis brazos, manos y dedos se estaba transformando. No me respondían. Era como si dejaran de ser sólidos, limitados. Ninguna de estas

desconocidas sensaciones físicas las compartí en el momento con los que me rodeaban. Recordándolo ahora, me sorprende el hondo silencio y la contención de mis emociones durante el proceso. Mi atención estaba exclusivamente volcada en escuchar aquello que se estaba desencadenando en el interior de mi cuerpo. Lo único que intentaba a toda costa era mantenerme lo más serena y concentrada posible. Reservar y proteger la energía que me quedara. Respirar.

No puedo decir que en ese instante ya fuera consciente de que estaba sufriendo un derrame cerebral. No, no lo pensé. Pero sí sabía que no se trataba de un simple desvanecimiento o inesperado malestar, y sí sentía que, en cierto modo, una abrasadora fuente de lava se había puesto en marcha dentro de mi cabeza.

No puede ser, no puede ser, pensaba. No podía ser que me estuviese dando ese jamacuco precisamente en aquel momento. En pleno Festival de Málaga. Entre el hall del hotel y la sala de maquillaje. Con el resto de los componentes del jurado esperándome para marcharnos todos juntos al teatro y entregar allí las Biznagas —Vicente Aranda, Verónica Forqué, Carlos Bardem, Ana Álvarez, Daniel Sánchez Arévalo y Gustavo Martín Garzo habían sido mis compañeros de jurado durante mis días en Málaga—, pero fue allí donde me sorprendió mi billete de ida. Con toda la prensa fuera. A unos minutos de salir hacia la alfombra roja y realizar el photocall. A los pocos días de mi hemorragia cerebral me di cuenta de que «derramarme» allí, en ese preciso instante, fue toda una fortuna. Cinco minutos antes, en la habitación del hotel y sola, no puedo asegurar ni saber si hubiera sido capaz de atinar con los números del teléfono. ¿Y si hubiera estallado unas semanas antes? ¿Si se hubiera producido en cualquiera de mis continuos viajes de los meses anteriores? ¿En Nueva York, en Argentina, en Miami? ¿En un vuelo de larga duración, en un barco? Por suerte para mí hoy, estas preguntas quedan solo como suposicio-

nes que ayudan excepcionalmente a valorar la forma y ubicación de un cuándo.

Se ha dicho en varios medios de comunicación que me desmayé, pero no fue así: en ningún momento perdí la consciencia. Yo veía pies, pies de hombres y de mujeres, pies muy bien vestidos que iban y venían de un lado para otro. Veía los ojos de M., sus bellos azules repletos de apertura y atención en mi sentir. Y hablando de ojos azules, aquí aparecen los del segundo ángel que estuvo a mi lado durante mi partida: los de Verónica Forqué. Mi madre en *Pepa y Pepe*, *El tiempo de la felicidad* y *La dama boba*. Tanto ella como su compañero Manolo Iborra son dos personas muy significativas en mi camino profesional; dos compañeros con los que trabajar siempre será un aprendizaje; dos amigos que espero cultivar y conservar a lo largo de mi estar. Verónica, otro ser humano excepcional a mi lado. Con su moño y su chal, su profundo mirar azul observándome. No paraba de decirle:

—Vero, vete. Vete a la gala, por favor.

Conocía su decisión. Se quedaría allí. Conmigo.

Verónica, M., GRACIAS. Siempre.

Para darle más encanto al momento, comencé a vomitar. Pimientos rojos, mi obra maestra. Pimientos rojos que había tomado aquel mismo sábado, en una comida que disfruté y compartí en un restaurante frente a la playa con varios de mis compañeros de jurado. Para alegría mía y de los que me dejaron el fantástico vestido que llevaba puesto, he de decir que no lo manché ni lo más mínimo. Ni idea de cómo lo hice, pero el caso es que no lo manché. Una de las maquilladoras del equipo que estaba trabajando en la sala me abanicaba constantemente con una carpeta negra. Estaba embarazada. En medio de todo el combinado de sensaciones que se deslizaban por mi cuerpo y mente en aquel momento, observaba desde el suelo su hermosa barriga. Extraño y mágico este viaje de la vida.

El director del hotel y el equipo que trabajaba con él no pudieron atenderme mejor. Llamaron rápido a una ambulancia y mientras la esperábamos colocaron un pequeño biombo. Biombo que, la verdad, agradecí mucho. Mira que mi oficio es público y disfruto compartiéndolo (sé que sin público el trabajo de cualquier artista pierde su sentido), pero, cuando se trata de intimidad, cambio el chip por completo. En un momento como este, de tan extrema vulnerabilidad, cualquier gesto de protección y discreción fue recibido con la mejor de mis bienvenidas.

A la espera de la ambulancia estábamos. En un derrame cerebral, el tiempo de reacción es vital: cuanto más tiempo pasa, más sangre inunda y daña el cerebro. Otro gracias que dar en el camino. Aunque no lo sepa con exactitud, sé que no pasó mucho hasta que llegó el personal sanitario de emergencia.

Cuando vi la silla de ruedas en la que querían sentarme para trasladarme a la ambulancia, sentí una ilimitada fatiga en el cuerpo. Bajo mi constante intento de calma y serenidad, dialogaba silenciosamente conmigo misma: *Necesito descansar, quiero evaporarme de este suelo y aparecer en el cuarto, meterme en la cama, quedarme a solas y cerrar los ojos. Cerrar los ojos. Silencio.* Pero sabía que no era el momento de abandonarme al sueño. Mi urgente realidad demandaba un despertar. Tenía que ir al hospital.

Singular trayecto en ambulancia de camino al Carlos Haya. De la silla de ruedas con la que me recogieron en el hotel, me trasladaron a una camilla de emergencia. Y allí estaba yo, lista ya en horizontal sobre cuatro ruedas, divinamente tumbada en la camilla con un vestido largo *vintage* verde pistacho, soberanamente surrealista para la ocasión. Con el cuerpo vacío de fuerzas y el pensamiento invadido de preguntas. El asistente médico que me acompañaba bromeaba conmigo:

—Nunca he llevado a nadie así vestido al hospital. ¿Te cambio las luces? Te voy a poner unas más de cine.

Otro inmenso golpe de fortuna en mi punto de partida: la distancia a la que nos encontrábamos del hospital más cercano. De la calle Cortina del Muelle a la avenida de Carlos de Haya no hay ni 5 kilómetros. Si no había incidentes, en menos de diez minutos habríamos llegado. Fue muy importante el trabajo de las personas que me recogieron en el hotel. Aunque el profesional médico que me atendió no me confirmara nada de lo sucedido en el momento, presiento que él ya sabía lo que me estaba ocurriendo. Se puso manos a la obra rápido y estabilizó mi cuerpo. No pude agradecerse: fue llegar al hospital y salir disparadas hacia urgencias. Ojalá leas este libro; ojalá pueda llegarte este *gracias*.

M., Verónica y yo: las tres Marías vestidas de gala (una de ellas circulando en camilla), a toda prisa por los pasillos del hospital. Los primeros doctores que nos atendieron parecían recién salidos de un casting. ¿Se trataba de una cámara oculta? ¿Podían ser más guapos? No, no podían. Las tres nos mirábamos alucinadas. Verónica les preguntaba:

—Oye, pero... ¿aquí todos sois así? —Ni en nuestra serie ni en la americana cuentan con ese reparto.

Ahora que escribo sobre esta experiencia, que me enfrente al ejercicio diario de escarbar en los recuerdos, conversaciones, detalles y tantas sensaciones vividas, me doy cuenta de que el humor ha sido uno de los compañeros más fieles a lo largo de mi viaje. Por extraño que resulte, me he reído mucho. Reírse de uno mismo, de lo absurdo y complejo de algunas de las situaciones que nos plantea la vida, me parece uno de los entrenamientos más sanadores. Un ejercicio necesario. Un catalizador saludable.

Yo seguía tumbada en la camilla, con una sensación corporal que me era absolutamente desconocida y con mi firme propósito de relajación en marcha. Activo, presente, continuo. Miraba a M., a Vero... Qué suerte poder contar

con sus ojos y manos aquel 2 de abril. Sus rostros y voces dentro del desconcierto común; me inspiraban serenidad. Calor.

Una doctora, entre todas las cuestiones que me iba formulando, me preguntó:

—¿Tienes una foto?

—¿Una foto?, ¿mía? No, no la tengo —le respondí desconcertada.

La doctora se dirigió entonces a mis compañeras.

—Y vosotras, ¿tenéis una foto suya?

Verónica y M. se miraron extrañadas. Tampoco la tenían.

—¿No le veis la boca torcida? ¿No se la notáis diferente?

Aquellas preguntas dispararon mi imaginación al pensar sobre el posible diagnóstico. ¿*La boca torcida*? Yo no me la podía ver, así que miraba llena de interrogantes a mis dos grandes amigas.

—No. No se la vemos torcida —respondieron.

Lo primero fue pasar a realizar toda una serie de pruebas médicas. Muchas, muchas personas entrando en cada sala. Miradas curiosas clavadas con martillos y comentarios por lo bajo. Allí no paraba de entrar gente. Antes de que me metieran en uno de los tubos —aunque tenga un nombre más formal, sé que con este nos entendemos todos—, uno de los enfermeros que se encontraba allí me preguntaba:

—Tú ahora vas a estrenar una serie, ¿no? He visto la promoción pero no recuerdo para qué cadena es. ¿De qué personaje haces?

Tumbada, con las vías ya colocadas en los brazos y mis ojos perplejos entre abanicos de rímel, escuchaba su interrogatorio. Imagino que mi cara de chopito incrédulo respondió por sí sola a cada una de esas preguntas tan «apropiadas» para el momento. Una de las doctoras principales se encargaba de dirigir cada una de las pruebas. Cuerpo menudo, rubia, ojos claros y un rostro repleto de serena in-

teligencia. Me transmitió confianza desde su primer contacto, irradiaba profesionalidad en cada uno de sus pasos. Junto a ella pasamos a otra sala para realizar el TAC. Y aquí recuerdo una de las anécdotas más surrealistas y divertidas de mis días en el hospital.

La máquina del TAC es una especie de túnel o tubo que tiene una camilla central en la que se tumba al paciente. Gracias a esta prueba de diagnóstico, se obtienen imágenes muy precisas del interior del organismo y de sus diferentes órganos. Los doctores y técnicos permanecen en una sala vecina supervisando la evolución de la prueba. A través de un cristal los ves y puedes comunicarte con ellos. Antes de realizarla, retirada de pendientes. Sabía que tenía que permanecer quieta, pero, nada más comenzar a hacerla, volví a sentir unas enormes ganas de vomitar. Y allí estuvieron de nuevo dándolo todo mis pimientos rojos protagonistas. Y sí, no sé cómo volví a hacerlo pero no manché el vestido. Una vez terminada la actuación estelar de mis pimientos, retomamos la prueba médica. Ya me encontraba en el tubo cuando los doctores me dijeron que se estaban detectando objetos metálicos en mi cabeza. Paramos. ¿Qué ocurre? ¿Objetos metálicos? Tras unos segundos de reflexión sobre aquellas dos palabras, caí en la cuenta. ¡¡Las extensiones!! Así que allí unos y otros nos pusimos a quitar y a tirar de cada una de las pinzas o clips metálicos, con su extensión de pelo correspondiente. Entre los tirones de pelo, Verónica, con su espléndido moño y su chal al hombro, me ayudaba también a quitarme las pestañas postizas mientras me preguntaba:

—Nena..., ¿el chochete también lo llevas postizo?

A pesar del intenso malestar de mis sensaciones corporales y mentales, de lo dramático de la situación, en ese momento no pude evitar reírme a rienda suelta. Parecía una película de Almodóvar. Humana, surrealista, viva.

Fue al tercer intento cuando pudimos realizar la prueba sin ninguna otra interrupción. Salida del tubo. Tumbada to-

avía en la camilla, giré mi cabeza hacia el cristal izquierdo donde se encontraban los doctores. Fin de las risas. SILENCIO.

Nunca se me olvidará aquel fotograma. La concentración y seriedad de sus rostros mientras permanecían mirando el escáner. Salió la doctora, se acercó a mi camilla y, con todo su aplomo y tacto, me dijo:

—Silvia, tengo que hablar contigo.

Comenzaba mi VIAJE.

2

MAV

MALFORMACIÓN vascular congénita cerebral. Es decir, nació con una configuración arterial irregular.

Nuestro corazón bombea sangre a las arterias a alta presión, y la sangre que regresa por nuestras venas lo hace a baja presión. Tenemos una red de capilares que se ocupa de la función de amortiguar entre las arterias y las venas, entre sus altas y sus bajas presiones. Con una malformación vascular, una de nuestras arterias está conectada directamente a la vena sin la existencia de esa red de capilares. Al no haber una zona neutra que amortigüe la diferencia de presiones, la vena se rompe y comienza a derramarse sangre por el cerebro. Un ovillo de vasos embriológicamente inmaduros y frágiles situado en el tejido cerebral. Las malformaciones arteriovenosas intracraneales son anomalías congénitas que se desarrollan entre la cuarta y la octava semana de vida intrauterina del embrión.

Junto a mi HERMANO —a quien me une un vínculo mucho más fiel que el de la sangre—, me he empapado de búsquedas, links, referencias, lecturas, informes y foros. Todo lo que estuviera relacionado con la malformación vascular congénita. De primeras, uno piensa: *¿Un derrame cerebral con treinta y dos años? Qué joven.* Pero en cuanto comenzamos a meter la nariz en el terreno, nos dimos cuenta de que, aunque hubiera tenido que enterarme repentinamente de la existencia de una malformación cerebral, el hecho de que mis venas y capilares hubieran resistido esta diferencia de presiones a lo largo de todos estos años era un

resistente logro. En el centro ocupacional en el que hice parte de mi rehabilitación (más adelante hablaré sobre ello), fue una de las primeras cosas que llamaron mi atención. Los compañeros que al igual que yo habían sido diagnosticados con una malformación vascular congénita eran muy jóvenes: diecisiete, veinte, veinticuatro años... También es cierto que una persona puede vivir toda su vida sin saber de la existencia de su malformación vascular y sin presentar síntoma alguno. En este caso, sabría de la mía a los treinta y dos años de edad. ¿Demasiado pronto? ¿Demasiado tarde? Esa cuestión ya no importa. Es la que fue. Es la que es. Y para empezar, daré un gracias a mi ovillo de vasos embriológicamente inmaduros; por haber permanecido todos estos años calladito, resistiendo y organizándose como podía.

Por lo general, la mayoría de las enfermedades muestran sus síntomas. El cuerpo avisa, lanza señales. El ataque cerebral también los tiene, y de vital importancia es saber detectarlos rápidamente. Suelen ser repentinos e intensos dolores de cabeza, mareos, debilidad o parálisis en un lado del cuerpo —puede afectar a un lado completo del cuerpo o solo al brazo o la pierna: será en el lado opuesto al hemisferio cerebral que está sufriendo el ataque—. Diferentes trastornos relacionados con el caminar, el equilibrio o la coordinación. Anomalías en la comprensión o la expresión del lenguaje, en la vista... En mi caso, no obtuve una sola señal anterior a su rotunda llegada del 2 de abril. Ni rastro de avisos. Ni siquiera el dolor de cabeza, tan común y frecuente en las personas que son diagnosticadas con una MAV.

El ictus es la tercera causa de muerte en el mundo y la primera de incapacidad absoluta. Entre ellos existen dos tipos: el isquémico, que ocupa el 83-85 por ciento de los casos, y el hemorrágico, que abarca el 15-17 por ciento. La MAV representa el 2 por ciento de los ictus hemorrágicos. En España, el ictus supone la segunda causa de muerte en